

XVIII

LA CUESTIÓN DE ORIENTE

Durante las estancias de Napoleón III en Saint-Cloud, en Dieppe y en Compiègne, los asuntos de Oriente se habían complicado de una manera singular. Los dejamos el 21 de mayo de 1853, día en que el príncipe Menchikoff, exasperado por el mal éxito de su misión, había salido de Constantinopla. No fué Inglaterra la que desde luego pensó en defender la integridad del Imperio otomano, sino Francia. Sobre este punto debe leerse en las Memorias del duque de Persigny el capítulo que tiene por título *Origen de la guerra de Crimea*, que es el relato del Consejo de ministros que tuvo lugar en Saint-Cloud al fin de la misión del príncipe Menchikoff. Se agitó la cuestión de saber si no sería oportuno enviar la flota francesa á un punto próximo á Turquía, por ejemplo á Salamina, á fin de estar preparados para los acontecimientos. El ministro de Negocios extranjeros, M. Drouyn de Lhuys, opinaba que se debía temporizar; pero M. de Persigny, ministro del Interior, sostuvo con energía el parecer opuesto.

El emperador concluyó por decir: «Decididamente Persigny tiene razón. Si enviamos nuestra flota á Salamina, Inglaterra hará otro tanto, y la unión de las dos escuadras llevará consigo la de los dos pueblos contra Rusia.» Después, en medio del asombro del Consejo, añadió volviéndose hacia el ministro de Marina: «Señor Ducós, redactad al punto el telegrama dando orden á la flota de Tolón para que vaya á Salamina.»

La alianza de Inglaterra con Francia no era en modo alguno cosa decidida, pues el ministerio tory, que tenía por jefe á lord Aberdeen, no se mostraba favorable á ella. El restablecimiento del Imperio francés había suscitado desde luego en todas las clases de la sociedad inglesa las más vivas inquietudes, y todo el mundo pensaba en Inglaterra que la intención secreta de Napoleón III no podía ser más que buscar el desquite de Waterloo. En un principio, la reina Victoria deseaba tan poco como Napoleón III una guerra contra Rusia; pero así Inglaterra como Francia iban á ser impulsadas por una fatalidad más fuerte aún que la voluntad de los soberanos y de sus pueblos.

La predicción de M. de Persigny se realizó al punto. La opinión pública en Inglaterra obligó al ministerio á seguir el ejemplo de Francia. El 14 de junio de 1853 la flota inglesa de Malta, mandada por el vicealmirante Dundás, se reunió

con la escuadra francesa en Besika, entre Tenedos y la costa de Asia, á la entrada de los Dardanelos.

Sin embargo, el tsar y Napoleón III deseaban aún muy sinceramente la paz; no querían retroceder ni uno ni otro; pero se hubieran alegrado mucho de que una circunstancia imprevista les hubiese impedido ir más lejos. ¡Ay!, no fué así, y los acontecimientos siguieron adelante con deplorable rapidez.

El 17 de junio M. Balabine salía de Constantinopla con todo el personal de la legación rusa: era el primer acto del rompimiento.

El 26 el emperador Nicolás declaraba en un solemne manifiesto dirigido á su pueblo, que «apoyándose en el glorioso tratado de Kainardji,» reclamaba de la Sublime Puerta la promesa de observar religiosamente la integridad de los privilegios de la Iglesia ortodoxa, y que si la obstinación y la ceguedad querían lo contrario, llamaría á Dios en su auxilio y marcharía á defender la fe.

El 3 de julio las tropas rusas estacionadas en Besarabia franqueaban el Pruth é invadían los principados danubianos.

El 25 de septiembre un gran Consejo convocado en Constantinopla por el sultán se declaraba en favor de la guerra por una mayoría de ciento sesenta votos contra tres.

El 8 de octubre, el generalísimo turco Omer-Bajá intimaba al príncipe Gortchakoff, general en jefe del ejército ruso, la evacuación de los principados danubianos en un plazo de quince días.

El 18 de octubre, ante la negativa del príncipe Gortchakoff, la guerra quedó declarada entre Rusia y Turquía.

Las escuadras inglesa y francesa, franqueando los Dardanelos, anclaron en Beicos, en el Bósforo; pero esto no era más que una simple demostración, y la paz entre Rusia y las dos grandes potencias occidentales debía mantenerse aún durante algunos meses. El hombre que se podía considerar entonces como el defensor más convencido y más elocuente, era un militar diplomático, el ministro de Francia en San Petersburgo, el general de Castelbajac. Sus telegramas al ministro de Negocios extranjeros, M. Drouyn de Lhuys, y sus cartas particulares al director de política, M. Thouvenel, son documentos que lo representan como adversario de las preocupaciones de su época y como precursor de la buena inteligencia franco-rusa de hoy. Citemos algunos extractos de esa curiosa y profética correspondencia:

El general de Castelbajac á M. Thouvenel.

19 octubre 1853

«Por más que examino la situación en todos sentidos, no puedo ver para Francia la necesidad, ni menos el interés de la guerra; mientras que pueden resultar para ella los más graves inconvenientes y las más funestas consecuencias. Inglaterra está al abrigo de estas últimas, cuando menos de las consecuencias

revolucionarias, que son seguramente las más importantes de evitar. También tiene dos intereses de que no participamos nosotros: la destrucción de las escuadras de todas las naciones, é interrumpir la marcha de los rusos hacia la India. Me parece, pues, que todo debe invitarnos á no ir demasiado lejos detrás de Inglaterra, que siempre tendrá intereses comerciales diferentes de los de las potencias continentales.»

El general de Castelbajac á M. Drouyn de Lhuys

18 octubre 1853

«Mientras que el principio revolucionario de los Estados occidentales no esté completamente extinguido, se han de tener consideraciones con Rusia, y creo que la unión de los gobiernos es lo que debe tratarse de asegurar antes de todo. Solamente por la paz será dado obtener este resultado indispensable para el afianzamiento del orden social. La guerra haría renacer todas las desconfianzas entre los gobiernos, todas las esperanzas revolucionarias de la demagogia, y muy pronto se debilitará el principio de autoridad tan hábil y enérgicamente restablecido con el Imperio por el digno sucesor del gran hombre que le fundó sobre las ruinas de la Francia revolucionaria.»

El general de Castelbajac á M. Thouvenel

16 noviembre 1853

«Sea lo que fuere del partido de la paz ó de la guerra, no es á mí á quien corresponde zanjar la cuestión; pero sí debo observar bien sin pretensiones. Si solamente debe decidir, será más cómodo; pues basta empuñar la espada y seguir adelante. Es mi antigua profesión, y no seré el último en recordarla, si necesario fuese para el honor y los intereses de mi país; pero entretanto, vivo con mis *enemigos* como si pudieran volver á ser mis *amigos*, y este sistema hace que mis relaciones sean menos penosas que para otros muchos, facilitando las investigaciones. Hasta debo hacer á la sociedad rusa la justicia de que evita decir delante de mí nada que pueda resentirme, ni aun indirectamente.»

En realidad no había entre los dos soberanos ninguna animosidad personal, y entre las dos naciones no solamente no existía el odio, sino que su mutua simpatía era invencible.

Las relaciones de los dos gobiernos continuaban siendo correctas y hasta corteses. En el mes de agosto el tsar daba gracias personalmente al general de Castelbajac por la acogida que Napoleón III y el mariscal de Saint-Arnaud habían hecho al general ruso Ogareff y por la solicitud con que facilitaron al general sus visitas á los establecimientos militares franceses.

Al mismo tiempo el general de Castelbajac asistía á las maniobras de Krasno-



Omer-Bajá, generalísimo del ejército turco

Selo, donde el tsar le trataba con mucha benevolencia, expresándole de la manera más afectuosa sus sentimientos de no ver allí á los oficiales franceses.

El soberano ruso se mostraba en extremo afable, no tan sólo con el representante de Napoleón III, sino con los franceses de la más humilde condición. El general escribía á M. Thouvenel el 16 de septiembre: «El emperador Nicolás ha llegado solo al jardín Mabile del país situado á media legua de San Petersburgo, y se ha paseado durante más de una hora en los salones, llenos de mujeres demasiado ligeras y de fumadores, á los cuales aborrece; también ha recorrido los jardines, donde había una brillante iluminación y fuegos artificiales, que en honor del monarca se han disparado antes que de costumbre. Llegó allí en drosky, sin más compañía que su cochero, según su costumbre diaria. Ha hablado con uno y otro, particularmente con dueños de almacenes de modas y comerciantes al por menor, todos franceses, los cuales le divierten por lo habladores y por su carácter franco.»

Algunos días después el tsar había ido á Moravia á visitar al emperador Francisco José, con objeto de asistir á las maniobras de Olmutz. Allí encontró una comisión militar francesa, cuyo jefe era el general conde de Goyón, ayudante de campo de Napoleón III. El tsar hizo á los oficiales franceses una acogida particularmente afable y los invitó públicamente á seguirle á Varsovia; pero no fueron autorizados por su gobierno para aceptar esta imprevista invitación.

El general de Castelbajac escribía á M. Drouyn de Lhuys en 15 de octubre: «El canciller me ha dicho que el emperador Nicolás, al invitar al general de Goyón, no tuvo más objeto que manifestar sus simpatías al emperador Napoleón y á los oficiales del ejército francés; y que antes de hacerle la invitación, le preguntó si era libre de su tiempo y de sus actos. El canciller añadió que su soberano había ordenado al conde de Stackelberg que acompañase al general de Goyón y á los oficiales que había invitado á ir con él hasta Varsovia, donde encontrarían preparado un alojamiento en el palacio; y que el anuncio de su marcha á París, recibido por telégrafo en la misma ciudad de Varsovia, había ocasionado un sensible disgusto á S. M. I., por lo cual escribió á M. de Kisseleff ordenándole que no hiciese ninguna recriminación sobre este punto.»

Por su parte, M. Drouyn de Lhuys, en un despacho dirigido al general de Castelbajac, se había expresado en estos términos respecto al incidente: «El emperador apreció mucho la benévola atención de que fueron objeto por parte del emperador Nicolás los oficiales de su ejército presentes en el campamento de Olmutz; pero las órdenes comunicadas al general de Goyón señalaban un objeto determinado y un término á su viaje. No era regular, ni digno de los dos soberanos, que el ayudante de campo del uno se hallase como por casualidad junto al otro. El día en que el emperador Nicolás quiera enviar oficiales rusos para asistir á las maniobras del ejército francés, serán recibidos entre nosotros con toda la distinción que merecen, y el emperador Napoleón, por su parte, no duda que los oficiales franceses obtendrán la misma acogida que en Rusia; mas,

para conservar su carácter, estas demostraciones deben anunciarse de antemano, efectuándose en las formas acostumbradas.»

El general de Castelbajac tenía tal esperanza de la conservación de la paz, que permitió á la marquesa su esposa hacer el viaje de París á San Petersburgo. M. Thouvenel escribía al general en 14 de octubre de 1853: «La señora marquesa de Castelbajac me ha hecho el honor de venir á verme; deseaba adquirir noticias, y la he dicho cuanto sabía; pero no ha desistido de ir á reunirse con vos. Deseo vivamente que el proverbio latino *Audaces fortuna juvat* le sea aplicable, y que las cosas tomen tal giro que os permitan permanecer en vuestro puesto y á M. de Kisseleff en el suyo. Seguramente no tomaremos la iniciativa, ni un rompimiento de relaciones diplomáticas.»

La marquesa de Castelbajac, nacida en La Rochefoucauld, se ponía valerosamente en camino á pesar de las noticias alarmantes; y su esposo escribía á M. Thouvenel el 11 de noviembre: «El correo ha llegado con mi esposa, á quien atemorizaron en Berlín; pero no quiso hacer una retirada comprometedora, y como verdadera diplomática, desapareció de dicha ciudad para ir á esperar mi respuesta en casa de la duquesa de Sagán, como si su intención hubiera sido siempre detenerse aquí. Su regreso á San Petersburgo produce muy buen efecto.»

Sin embargo, el horizonte se obscurecía cada vez más, pues habían fracasado las tentativas diplomáticas hechas en Viena por los representantes de las grandes potencias para conseguir un acuerdo entre Rusia y Turquía. Las hostilidades continuaban en la Valaquia occidental entre las tropas del tsar y del sultán; el emperador Nicolás supo con una mezcla de sorpresa y de cólera el triunfo del ejército turco, que tenía por jefe á un croata renegado, Miguel Lattas, que había llegado á ser muchir bajo el nombre de Omer-Bajá. El 30 de noviembre, la flota rusa del mar Negro, mandada por el almirante Nakhimoff, salía de Sebastopol, y sorprendiendo en la rada abierta de Sinope á una escuadra turca que llevaba refuerzos á Batum, la destruyó completamente, é incendió á la vez una parte de la ciudad. «El golpe descargado en Sinope, decía entonces M. Drouyn de Lhuys, no ha herido tan sólo á Turquía.» Era evidente que las escuadras inglesa y francesa iban á entrar en el mar Negro, y el canciller Nesselrode no esperaba ya la paz. «Mi querido general, decía con expresión melancólica al ministro de Francia, ¡triste es llegar á esto al fin de mi carrera, yo, que siempre fui apóstol de la paz! ¡He aquí lo que habrá producido el orgullo de lord Stradford de Redcliffe! Probablemente una conflagración general de Europa, en la que no podemos menos de perder todos y que tan sólo aprovechará á los revolucionarios.» Después de comenzar de una manera tan brillante y alegre, el primer año del reinado de Napoleón III terminaba en medio de las más graves complicaciones; ya podía decirse que, á pesar de las promesas del discurso de Burdeos, el Imperio no sería la paz.